



(42233)

B#BVM
983
V647 miu
1872
v1
C2/B01

MISCELANEA.

COLECCION DE ARTICULOS,

DISCURSOS, BIOGRAFIAS,

IMPRESIONES DE VIAJE,

ENSAYOS, ESTUDIOS SOCIALES, ECONOMICOS, ETC.

POR

B. VICUÑA MACKENNA. 1831-1886.

1849.-1872.

CHILE - HISTORIA

A VENTA

en las Librerías del Mercurio i en la Librería Central.

211



SANTIAGO:

IMPRESA DE LA LIBRERIA DEL MERCURIO
DE ORESTES L. TORNERO.

1872.

CHILE - HISTORIA

DONACION DE LUIS ORRIGO LUCO
5 ABRIL 1942

LA DOCTRINA MONROE

I LA UNION AMERICANA.

La América del Sud ha recibido una leccion grande i sublime: la del martirio en su dignidad.

Pero la América del Sud ha dado al mundo una leccion mas grande i mas sublime todavía: la de sus victorias por ella sola conquistadas.

Fastuosos hombres de Estado, cuya ignorancia dora solo el oropel de sus altos puestos; novelistas difrazados de viajeros; escritores vulgares, i tambien tiranos extranjeros servidos por infames ajentes domésticos, han tenido a tarea durante el medio siglo que lleva corrido de vida independiente la América del Sud, pintarla como un enjambre de pueblos degradados en los que la República era solo una quimera i la patria una especulacion.

Por esto, cuando el cañon de la *Esmeralda* tronó en las aguas de Chile, trayendo al suelo el pabellon de una potencia europea, hubo un grito de asombro en el Viejo Mundo. Por esto, cuando se ha visto en seguida al Perú i a Chile unidos, o solo cada uno, ocupar dignos i altivos el puesto del honor, pelear como héroes i vencer en todas partes, la admiracion de los estraños ha crecido de punto i

ya aplauden con las mismas manos con que ayer nos echaban al rostro el lodo de la difamacion.

Esas son las verdaderas i grandes victorias que hoi obtiene la América desconocida i calumniada: las victorias de su aislamiento, de su pujanza propia por nadie sostenida, excepto por su sangre i su heroismo. La Europa la vé ahora, no a la luz opaca de teas incendiarias que acusan discordias de hermanos; véla salir pura, radiosa, dominadora, invencible, por entre el humo i el estruendo de combates dignos de la historia, i comienza a saber lo que tan aprisa habia olvidado: comienza a recordar que esos pueblos son naciones i no tribus; que esos pobladores del hemisferio Sud son ciudadanos bajo la lei igual i no rebaños de hombres bajo un cetro de oro.

¡La América ha estado sola!

Pero ese aislamiento constituye su grandeza i revela al mundo el secreto poder que late en sus entrañas, i que va a lanzarla como un jóven gigante a la cabeza del mundo.

¿Quién, en verdad, la ha ayudado en su conflicto?

¿Quién? ¿La Inglaterra? Creíase que lo hiciera a cuenta de sus negocios. Pero la Inglaterra era una monarquía europea—era amiga de la España, era aliada de la Francia, i era para el mundo en jeneral, cosa nunca vista en la historia inglesa, *neutral*, tratándose de su oro. La Inglaterra cruzó pues los brazos i vió impasible desde el puente de sus navíos arder sus inmensos depósitos de algodones i de brea.

¿Quién? ¿La Francia? Pero la Francia no era solo una aliada, una vecina, una amiga, una inspiradora; era mas que eso de la España: era un cómplice!—Apenas se habia apagado el estruendo de los cañones que bombardearon a la infeliz pero republicana Acapulco, en el Norte del Pacífico, cuando rompián sus fuegos sobre la que se ha llama-

do reina del Sud los cañones de la Europa, manejados ahora por viles esbirros españoles.

¿Quién mas? ¿La Italia? Pero la Italia no tenia todavía un brazo para herir. Solo laten en su corazon jeneroso i resuscitado aquellas emociones de simpatía i de comunidad propia de los pueblos cuyos horizontes se abren a nueva vida,

¿La Alemania? ¿La Rusia? ¿Los Estados de segundo orden?—Hagamos justicia.—No era posible esperar eficaz socorro en el conflicto sino de dos poderes continentales del viejo mundo, porque son poderes marítimos i a la vez en extremo comerciales: la Francia i la Inglaterra. Todos los demás solo tenian simpatías o reprobacion, i unos, a sabiendas, por que se han penetrado del crimen, i otros por instinto, dieron aquellas a la agredida América, i condenaron dos veces a la España por su brutal acometida.

Pero, ¿i los Estados-Unidos?

Los guardianes naturales de las repúblicas de ambos continentes; los depositarios de los *santos principios* de Monroe, que tendió una frontera artificial sobre el océano entre ambos mundos, poniendo a aquella su propio nombre; los esforzados sostenedores de la unidad doméstica como principio de fuerza interna i de expansion hácia la Europa invasora en Méjico i las Antillas; los soldados, en fin, que venian todavía con el fusil al brazo de pelear las batallas de la fidelidad a la democracia contra la oligarquía, estaban llamados a sostener sus doctrinas, a reparar la brecha labrada en sus instituciones mas queridas por el odio extranjero, a completar en su obra de tanto orgullo i de tanta gloria cumpliendo, como leales, promesas antiguas que nunca hasta esa hora habian llenado.

Talvez lo habrian hecho en la hora primera, i acaso el natural impulso de las masas fué no echar las espadas en

cofres de oro i de petroleo, sino sostener el principio de todos queridos, dando auxilio al hermano asaltado por alevos.

Pero quiso un mal destino que este pais poderoso dentro de sí mismo, pero cuya expansion de humanidad (que la del egoismo ha sido ya harto conocida desde Houston hasta Walker) fuese solo el sueño de algunos nobles espíritus que como Enrique Clay hoy duermen en el doble olvido de la muerte i del repudio práctico de los grandes principios que abogaron ante el gobierno i ante el pueblo de la Union.

La América ha sido dejada pues sola, i sola se ha batido, sola ha triunfado, sola vivirá en la admiracion de las edades i en el aplauso mismo del mundo que la abandona a su suerte.

Pero la América del Sud ha hecho mas todavía. Ella ha salvado del desprecio del mundo i reivindicado para sí esas doctrinas inventadas en otras zonas, pero acogidas por ella como el emblema de su propia salvacion; esas doctrinas de no intervencion europea, i de no aceptacion de réjimenes monárquicos que creó James Monroe, i que en medio de una vanal algazara de periódicos i de clubs han repudiado sus propios descendientes.

¿Quién se ha batido hasta aquí por la doctrina de Monroe?—¿Quién ha dicho a la Europa con la boca del cañon cuál es el verdadero derecho americano?—¿Quién ha rechazado a la Francia?—¿Quién ha impuesto respeto a la Inglaterra?—¿Quién ha hundido en el polvo a la España?—¿Ha sido la América del Norte o ha sido la América del Sud?—¿Ha sido el Presidente Johnson i su secretario Seward, el Congreso de Washington, las legislaturas de los Estados, o ha sido Juarez, Perez, Prado, Carrion, Melgarejo i los congresos que les han marcado su lei de conducta?—¿Han sido, en fin, los jenerales de cien victorias,

Grant i Sherman, o esos nobles soldados, orgullo de la América, i cuyos nombres corren ya en la posteridad desde Saragoza a Galvez?

¡Nó! La América del Sud no escribe doctrinas en libros sino en el campo de batalla.—¡Nó! La doctrina que significa la república eterna, la democracia eterna, la libertad eterna en el mundo de Colon debe cambiar de nombre i de patria.

La *Doctrina Monroe* es una impostura del pasado o una farsa de plataforma del presente.

La doctrina nueva de la *Union Americana* es la enseña del porvenir.

La *Doctrina de Monroe* ha muerto. La doctrina de la *Union Americana*, es el código de salvacion, de gloria i de respeto a la América del Sud contra la Europa, i si el día llega, contra esa otra América, que pretende ser la sola patria i aun el solo *nombre* del Continente Americano.

Voz de América.

